LA VIDA CON SU TABLERO

(Ecos y encuentros con Luis Rosales)

I

En las primeras mañanas del recuerdo.
¿Se queda dormida la memoria? Sé que
vibra siempre el verano. No se materializa
el tiempo en las mil arrugas
sino en la claridad que se derrama.
De otras cosas me entero, de las horas
con alas, de canciones sin viento,
de nubes en la encrucijada clamorosa.
También sé que los ojos se apoyan
en la mesa de trabajo, o en la mano
que cordialmente se estrecha, o en
las luces desde fuera desenterradas.

De puro viejas se transparentan las palabras.
Se las oye. Como se oye a los pájaros.
Palabras que en el mar de los días
a estelas y a brújulas se asemejan. Esto
es: escuchadas desde dentro.

II

Dícese: arboleda de mayo.
Repítese: amistad en los años.
El aire se mostraba acuchilladizo
en esas comparaciones. En poesía
se modelaba la libertad a pulso ganada.
Novela y crónica al acogerse el hoy y
el pasado reciente. Así era aquello, por
la Ciudad Universitaria, un despacho
austero, y el rigor de la ofrenda dicha y dada.
Herencia de la geografía de España. Andalucía
y Vasconia. Dos poetas. Hablábamos. Seguimos
hablando. Páginas con sencillez guiadas.

En la siempre difícil alegría, aquel diálogo
se continúa. Siembra, y esperanza. La vida
se escribe en las pizarras del alba.

III

Nadie habla de baratijas. Y menos que
nadie, yo mismo. Evoco el camino de las verdades.
No puedo olvidar nada. A nada renuncio. Acaso el
horizonte tenga su nido exacto en cántico
de labios sinceros, en la mano estrechada.
¿Qué tal te va? ¿Cómo siguen tus cosas?
Dos poetas se hablan. La vibración
de lo sentido. De lo soñado. En el
corazón. Con su sustancia. Por los
subsuelos de la tierra de todos. Por
arroyos y barrancas y vericuetos. Por
las venas que en espejo se recrean.

Nadie habla de baratijas. Granito y
basalto cerca del Guadarrama. La luz
que en despacho austero a colaborar
me invitaba.

IV

Madrid no se desdora en primavera, se
alza en su lenguaje renovado. Otra vez
la Universitaria, la charla de prisa o
sosegada. Apremia el poema con su albedrío.
Temblando venía la resonancia, lo oscuro
de la certidumbre. ¿Quién sabe vivir y soñar?
De la mano se lleva al corazón, es lazarillo,
reponiéndose infatigablemente la memoria.
Lo de siempre, lo de hombres. Todo arde y sale
a la luz de la cara y de las palabras. Eso
es el tiempo, su cauce y su cuenca. Madrid
por debajo de la corteza. Victoria, o
naufragio, un camino que todo ilumina, una
confesión de testigos. De encuentros.
Poesía, hondísimas soledades al habla.

JACINTO LUIS GUEREÑA